

The Swimmer (1964)

by

John Cheever

5

*El nadador*

de

John Cheever

tr. de José Luis López Muñoz

10 Bruguera, Barcelona, 1982

It was one of those midsummer Sundays when everyone sits around saying: “I *drank* too much last night.” You might have heard it whispered by the parishioners leaving church, heard it from the lips of the priest himself, struggling with his cassock in the *vestiarium*, heard it from the golf links and the tennis courts, heard it from the wild-life preserve where the leader of the Audubon group was suffering from a terrible hangover. “I *drank* too much,” said Donald Westerhazy. “We all *drank* too much,” said Lucinda Merrill. “It must have been the wine,” said Helen Westerhazy. “I *drank* too much of that claret.”

This was at the edge of the Westerhazys’ pool. The pool, fed by an artesian well with a high iron content, was a pale shade of green. It was a fine day in the west there was a massive stand of cumulus cloud so like a city seen from a distance—from the bow of an approaching ship that it might have had a name. Lisbon. Hackensack. The sun was hot. Neddy Merrill sat by the green water, one hand in it, one around a glass of gin. He was a slender man—he seemed to have the especial slenderness of youth—and while he was far from young he had slid down his banister that morning and given the bronze backside of Aphrodite on the hall table a smack, as he jogged toward the smell of coffee in his dining room. He might have been compared to a summer’s day, particularly the last hours of one, and while he lacked a tennis racket or a sail bag the impression was definitely one of youth, sport, and clement weather. He had been swimming and now he was breathing deeply, as if he could gulp into his lungs the components of that moment, the heat of the sun, the intenseness of his pleasure. It all seemed to flow into his chest. His own house stood in Bullet Park, eight miles to the south, where his four beautiful daughters would have had their lunch and might be playing tennis. Then it occurred to him that by taking a dogleg to the southwest he could reach his home by water.

Era uno de esos domingos de mitad de verano en que todo el mundo repite: «Anoche bebí demasiado.» Lo susurraban los feligreses al salir de la iglesia, se oía de labios del mismo párroco mientras se despojaba de la sotana en la sacristía, así como en los campos de golf y en las pistas de tenis, y también en el parque de animales y plantas donde el jefe del grupo Audubon sufría los efectos de una terrible resaca.

—Bebí demasiado —decía Donald Westerhazy.

—Todos bebimos demasiado —decía Lucinda Merrill.

—Tiene que haber sido el vino —explicaba Helen Westerhazy—. Bebí demasiado clarete.

30

El escenario de este último diálogo era el borde de la piscina de los Westerhazy, cuya agua, procedente de un pozo artesiano con un alto porcentaje de hierro, tenía una suave tonalidad verde. El tiempo era espléndido. Hacia el oeste se amontonaban las nubes tan parecidas a una ciudad vista desde lejos —desde el puente de un barco que se aproximara— que podían haber tenido un nombre. Lisboa. Hackensack. El sol calentaba. Neddy Merrill, sentado en el borde de la piscina, tenía una mano dentro del agua, y sostenía con la otra una copa de ginebra. Neddy era un hombre enjuto que parecía conservar aún la peculiar esbeltez de la juventud, y, aunque[518] los días de su adolescencia quedaban ya muy lejos, aquella mañana se había deslizado por el pasamanos de la escalera, y en su camino hacia el olor a café que salía del comedor, había dado un sonoro beso en la bronceada espalda a la afrodita del vestíbulo. Podría habersele comparado con un día de verano, en especial con las últimas horas de uno de ellos, y aunque le faltase una raqueta de tenis o una vela hinchada por el viento, la impresión era, decididamente, de juventud, de vida deportiva y de buen tiempo. Había estado nadando y ahora respiraba hondo, como si fuera capaz de almacenar en sus pulmones los ingredientes de aquel momento, el calor del sol, y la intensidad de su propio placer. Era como si todo le cupiera dentro del pecho. Doce kilómetros hacia el sur, en Bullet Park, estaba su casa, donde sus cuatro hermosas hijas habrían terminado de almorzar y quizá jugasen al tenis en aquel momento. Fue entonces cuando se le ocurrió que si atajaba por el sudoeste podría llegar nadando hasta allí.

His life was not confining and the delight he took in this observation could not be explained by its suggestion of escape. He seemed to see, with a cartographer's eye, that string of swimming pools, that quasi-subterranean stream that curved across the county. He had made a discovery, a contribution to modern geography; he would name the stream Lucinda after his wife. He was not a practical joker nor was he a fool but he was determinedly original and had a vague and modest idea of himself as a legendary figure. The day was beautiful and it seemed to him that a long swim might enlarge and celebrate its beauty.

He took off a sweater that was hung over his shoulders and dove in. He had an inexplicable contempt for men who did not hurl themselves into pools. He swam a choppy crawl, breathing either with every stroke or every fourth stroke and counting somewhere well in the back of his mind the one-two one-two of a flutter kick. It was not a serviceable stroke for long distances but the domestication of swimming had saddled the sport with some customs and in his part of the world a crawl was customary. To be embraced and sustained by the light green water was less a pleasure, it seemed, than the resumption of a natural condition, and he would have liked to swim without trunks, but this was not possible, considering his project. He hoisted himself up on the far curb—he never used the ladder—and started across the lawn. When Lucinda asked where he was going he said he was going to swim home.

The only maps and charts he had to go by were remembered or imaginary but these were clear enough. First there were the Grahams, the Hammers, the Lears, the Howlands, and the Crosscups. He would cross Ditmar Street to the Bunkers and come, after a short portage, to the Levys, the Welchers, and the public pool in Lancaster. Then there were the Hallorans, the Sachses, the Biswangers, Shirley Adams, the Gilmartins, and the Clydes. The day was lovely, and that he lived in a world so generously supplied with water seemed like a clemency, a beneficence. His heart was high and he ran across the grass. Making his way home by an uncommon route gave him the feeling that he was a pilgrim, an explorer, a

No había nada de opresivo en la vida de Neddy, y el placer que le produjo aquella idea no puede explicarse reduciéndola a una simple posibilidad de evasión. Le pareció ver, con mentalidad de cartógrafo, la línea de piscinas, la corriente casi subterránea que iba describiendo una curva por todo el condado. Se trataba de un descubrimiento, de una contribución a la geografía moderna, y le pondría el nombre de Lucinda, en honor a su esposa. Neddy no era ni estúpido ni partidario de las bromas pesadas, pero tenía una clara tendencia a la originalidad, y se consideraba a sí mismo —de manera vaga y sin darle apenas importancia una figura legendaria. El día era realmente maravilloso, y le pareció que un baño prolongado serviría para acrecentar y celebrar su belleza.

Se desprendió del suéter que le colgaba de los hombros y se tiró de cabeza a la piscina. Neddy sentía un inexplicable desprecio por los hombres que no se tiran de cabeza. Nadó a crol pero de forma poco organizada, respirando unas veces con cada brazada y otras sólo [519] en la cuarta, y sin dejar de contar, de manera casi subconsciente, el un—dos, un—dos, del movimiento de los pies. No era un estilo muy apropiado para largas distancias, pero la utilización doméstica de la natación ha gravado ese deporte con ciertas costumbres y en la parte del mundo donde habitaba Neddy el crol era lo habitual. Sentirse abrazado y sostenido por el agua verde y cristalina, más que un placer, suponía la vuelta a un estado normal de cosas y a Neddy le hubiese gustado nadar sin calzón, pero no resultaba posible debido a la naturaleza de su proyecto. Salid a pulso de la piscina por el otro extremo —nunca usaba las escalerillas— y comenzó a cruzar el césped. Cuando Lucinda le preguntó que adónde iba, respondió que iría nadando hasta casa.

Sólo podía utilizar mapas imaginarios o sus recuerdos de los mapas reales, pero eso era suficiente. Primero estaban los Graham, y a continuación los Hammer, los Lear, los Howland, y los Crosscup. Cruzaría Ditmar Street para llegar a casa de los Bunker y después de andar un poco pasaría por casa de los Levy y de los Welcher, para utilizar así también la piscina pública de Lancaster. Luego venían los Halloran, los Sachse, los Biswanger, Shirley Adams, los Gilmartin, y los Clyde. El día era estupendo, y vivir en un mundo con tan generosas reservas de agua parecía poner de manifiesto la misericordia y la caridad del universo Neddy se sentía en plena forma, y atravesó el césped corriendo. Volver a casa utilizando un camino desacostumbrado le hacía sentirse peregrino, explorador; le hacía sentirse un hombre con un destino, y estaba

man with a destiny, and he knew that he would find friends all the way; friends would line the banks of the Lucinda River.

He went through a hedge that separated the Westerhazys' land from the Grahams, walked under some flowering apple trees, passed the shed that housed their pump and filter, and came out at the Grahams' pool. "Why, Neddy," Mrs. Graham said, "what a marvelous surprise. I've been trying to get you on the phone all morning. Here, let me get you a drink." He saw then, like any explorer, that the hospitable *customs* and traditions of the natives would have to be handled with diplomacy if he was ever going to reach his destination. He did not want to mystify or seem rude to the Grahams nor did he have the time to linger there. He swam the length of their pool and joined them in the sun and was rescued, a few minutes later, by the arrival of two carloads of friends from Connecticut. During the uproarious reunions he was able to slip away. He went down by the front of the Grahams' house, stepped over a thorny hedge, and crossed a vacant lot to the Hammers'. Mrs. Hammer, looking up from her roses, saw him swim by although she wasn't quite sure who it was. The Lears heard him splashing past the open windows of their living room. The Howlands and the Crosscups were away. After leaving the Howlands' he crossed Ditmar Street and started for the Bunkers', where he could hear, even at that distance, the noise of a party.

The water refracted the sound of voices and laughter and seemed to suspend it in midair. The Bunkers' pool was on a rise and he climbed some stairs to a terrace where twenty-five or thirty men and women were drinking. The only person in the water was Rusty Towers, who floated there on a rubber raft. Oh how bonny and lush were the banks of the Lucinda River! Prosperous men and women gathered by the sapphire-colored waters while caterer's men in white coats passed them cold gin. Overhead a red Haviland trainer was circling around and around and around in the sky with something like the glee of a child in a swing. Ned felt a passing affection for the scene, a tenderness for the gathering, as if it was something he might touch. In the distance he heard thunder.

seguro de encontrar —amigos a todo lo largo del trayecto; no tenía la menor duda de que sus amigos ocuparían las orillas del río Lucinda.

Atravesó el seto que separaba la propiedad de los Westerhazy de la de los Graham, anduvo bajo algunos manzanos en flor, pasó junto al cobertizo que albergaba la bomba y el filtro y salió al lado de la piscina de los Graham. [520]

—¡Hola, Neddy! —dijo mistress Graham—, ¡qué agradable sorpresa! Me he pasado toda la mañana tratando de hablar contigo por teléfono. Déjame que te prepare algo de beber.

Neddy comprendió entonces que, como cualquier explorador, necesitaría hacer uso de toda su diplomacia para conseguir que la hospitalidad y las costumbres de los nativos no le impidieran llegar a su destino. No deseaba desconcertar a los Graham ni mostrarse descortés, pero tampoco disponía de tiempo para quedarse allí. Hizo un largo en la piscina y se reunió con ellos al sol; unos minutos más tarde, la llegada de dos automóviles cargados de amigos que venían de Connecticut le facilitó las cosas. Mientras todos se saludaban efusiva y ruidosamente pudo escabullirse. Salió por la puerta principal de la finca de los Graham, pasó por encima de un seto espinoso, y cruzó un solar vacío para llegar a casa de los Hammer. La dueña de la casa, al levantar la vista de las rosas, vio a alguien que pasaba nadando, pero no llegó a saber de quién se trataba. Los Lear le oyeron cruzar la piscina a nado a través de las ventanas abiertas de la sala de estar. Los Howland y los Crosscup habían salido. Al dejar la casa de los Howland, Neddy cruzó Ditmar Street y se dirigió hacia la finca de los Bunker, desde donde, ya a aquella distancia, le llegaba el alboroto de una fiesta.

El agua devolvía el sonido de las voces y de las risas y daba la impresión de dejarlas suspendidas en el aire. La piscina de los Bunker estaba en alto, y Neddy tuvo que subir unos cuantos escalones hasta llegar a la terraza donde unas veinticinco o treinta personas charlaban y bebían. Rusty Towers era el único que se hallaba dentro del agua, flotando sobre una balsa de goma. ¡Qué hermosas eran las orillas del río Lucinda y qué maravillosa vegetación crecía en ellas! Acaudalados hombres y mujeres se reunían junto a sus aguas color zafiro, mientras serviciales criaturas de blancas chaquetas les servían ginebra fría. Sobre sus cabezas una avioneta roja de las que se utilizaban para dar clases de vuelo [521] daba vueltas y más vueltas y sus evoluciones hacían pensar en el regocijo de un niño subido en un columpio. Ned sintió un momentáneo afecto por aquella escena, una ternura que era casi como una sensación física, motivada por algo tangible. Oyó un trueno a lo lejos. Enid Bunker se puso a gritar

As soon as Enid Bunker saw him she began to scream: "Oh look who's here! What a marvelous surprise! When Lucinda said that you couldn't come I thought I'd die." She made her way to him through the crowd, and when they had finished kissing she led him to the bar, a progress that was slowed by the fact that he stopped to kiss eight or ten other women and shake the hands of as many men. A smiling bartender he had seen at a hundred parties gave him a gin and tonic and he stood by the bar for a moment, anxious not to get stuck in any conversation that would delay his voyage. When he seemed about to be surrounded he dove in and swam close to the side to avoid colliding with Rusty's raft. At the far end of the pool he bypassed the Tomlinsons with a broad smile and jogged up the garden path. The gravel cut his feet but this was the only unpleasantness. The party was confined to the pool, and as he went toward the house he heard the brilliant, **watery** sound of voices fade, heard the noise of a radio from the Bunkers' kitchen, where someone was listening to a ballgame. Sunday afternoon. He made his way through the parked cars and down the grassy border of their driveway to Alewives' Lane. He did not want to be seen on the road in his bathing trunks but there was no traffic and he made the short distance to the Levys' driveway, marked with a private property sign and a green tube for the *New York Times*. All the doors and windows of the big house were open but there were no signs of life; not even a dog barked. He went around the side of the house to the pool and saw that the Levys had only recently left. Glasses and bottles and dishes of nuts were on a table at the deep end, where there was a **bathhouse** or gazebo, hung with Japanese lanterns. After swimming the pool he got himself a glass and poured a drink. It was his fourth or fifth drink and he had swum nearly half the length of the Lucinda River. He felt tired, clean, and pleased at that moment to be alone; pleased with everything.

It would storm. The stand of cumulus cloud—that city—had risen and darkened, and while he sat there he heard the percussiveness of thunder again. The Haviland trainer was still circling overhead and it seemed to Ned that he could almost

nada más verle.

—¡Mirad quién está aquí! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Cuando Lucinda dijo que no podías venir creí que iba a morirme.

Neddy se abrió camino entre la multitud en dirección suya, y cuando terminaron de besarse, Enid le llevó hacia el bar; avanzaron lentamente porque Ned tuvo que pararse para besar a otras ocho o diez mujeres y estrechar la mano de otros tantos hombres. Un barman sonriente que había visto ya antes en un centenar de fiestas le dio una ginebra con agua tónica, y Ned se quedó allí un instante, temeroso de tener que participar en alguna conversación que pudiera retrasar su viaje. Cuando parecía que iba a verse rodeado, se tiró a la piscina y nadó pegado al borde para evitar la balsa de Rusty. Al salir por el otro lado se cruzó con los Tomlinson; les obsequió con una cordial sonrisa, y echó a andar rápidamente por el sendero del jardín. La grava le hacía daño en los pies, pero ésa era la única sensación desagradable. La fiesta se celebraba únicamente en los alrededores de la piscina. y, al llegar junto a la casa, Ned notó que se había debilitado el sonido \_\_\_\_ de las voces, En la cocina de los Bunker alguien oía por la radio un partido de béisbol. Domingo por la tarde. Tuvo que avanzar en zigzag entre los coches aparcados y llegó hasta Alewives Lane siguiendo el césped que bordeaba la avenida de grava de los Bunker. Ned no quería que le vieran en la carretera en traje de baño, pero no había tráfico y cruzó en seguida los pocos metros que le separaban de la avenida de grava de los Levy, con un cartel de PROPIEDAD PRIVADA y un recipiente cilíndrico de color verde para el *New York Times*. Todas las puertas y ventanas de la amplia casa estaban abiertas, pero no había signos de vida; ni, siquiera un perro [522] que ladrara. Ned dio la vuelta alrededor del edificio y al llegar a —la piscina vio que los Levy acababan de marcharse. Sobre una mesa al otro extremo de la piscina, cerca de un cenador \_\_\_\_\_ adornado con linternas japonesas, había una mesa con vasos, botellas y platos con cacahuets, almendras y avellanas. —Después de atravesar la piscina a nado, Ned se sirvió ginebra en un vaso. Era la cuarta o quinta copa, y había nadado aproximadamente la mitad del curso del río Lucinda. Se sentía cansado, limpio, y, en aquel momento, satisfecho de encontrarse solo; satisfecho con el mundo en general.

Iba a haber una tormenta. La masa de nubes —aquella ciudad— se había elevado y oscurecido, y mientras descansaba allí un momento oyó otra vez el retumbar de un trueno. La avioneta roja seguía dando vueltas, y a Ned casi le parecía oír la risa placentera del piloto flotando en el aire de la

hear the pilot laugh with pleasure in the afternoon; but when there was another peal of thunder he took off for home. A train whistle blew and he wondered what time it had gotten to be. Four? Five? He thought of the provincial station that hour, where a waiter, his tuxedo concealed by a raincoat, a dwarf with some flowers wrapped in newspaper, and a woman who had been crying could be waiting for the local. It was suddenly growing dark; it was that moment when the pinheaded birds seem to organize their song into some acute and knowledgeable recognition of the storm's approach. Then there was a fine noise of rushing water from the crown of an oak at his back, as if a spigot there had been turned. Then the noise of fountains came from the crowns of all the tall trees. Why did he love storms, what was the meaning of his excitement when the door sprang open and the rain wind fled rudely up the stairs, why had the simple task of shutting the windows of an old house seemed fitting and urgent, why did the first **watery** notes of a storm wind have for him the unmistakable sound of good news, cheer, glad tidings? Then there was an explosion, a smell of cordite, and rain lashed the Japanese lanterns that Mrs. Levy had bought in Kyoto the year before last, or was it the year before that?

He stayed in the Levys' gazebo until the storm had passed. The rain had cooled the air and he shivered. The force of the wind had stripped a maple of its red and yellow leaves and scattered them over the grass and the water. Since it was mid-summer the tree must be blighted, and yet he felt a peculiar sadness at this sign of autumn. He braced his shoulders, emptied his glass, and started for the Welchers' pool. This meant crossing the Lindleys' riding ring and he was surprised to find it overgrown with grass and all the jumps dismantled. He wondered if the Lindleys had sold their horses or gone away for the summer and put them out to board. He seemed to remember having heard something about the Lindleys and their horses but the memory was unclear. On he went, barefoot through the wet grass, to the Welchers', where he found their pool was dry.

tarde; pero al escuchar el fragor de otro trueno se puso de nuevo en movimiento. El pitido de un tren le hizo preguntarse qué hora sería. ¿Las cuatro, las cinco? Se imaginó la estación local donde, en aquel momento, un camarero con el esmoquin oculto bajo un impermeable, un enano con un ramo de flores envuelto en papel de periódico y una mujer que había llorado esperarían el tren de cercanías. Estaba oscureciendo de pronto; era el instante en que los pájaros más estúpidos parecían transformar su canto en un anuncio, preciso y bien informado, de la proximidad de la tormenta. Se produjo entonces un agradable ruido de agua cayendo desde la copa de un roble, como si alguien hubiera abierto una espita. Después el ruido como de fuentes se extendió a las copas de todos los árboles altos. ¿Por qué le gustaban las tormentas? ¿Por qué se animaba tanto cuando las puertas se abrían con violencia y el viento que arrastraba gotas de lluvia trepaba a empellones por las escaleras? ¿Por qué la simple tarea de cerrar las ventanas de una casa antigua le parecía tan necesaria y urgente? ¿Por qué los primeros compases **húmedos** de un viento de tormenta constituían siempre el anuncio de alguna buena nueva, de algún suceso [523] reconfortante y alegre? En seguida se oyó una explosión, acompañada de un olor como de pólvora, y la lluvia azotó las linternas japonesas que mistress Levy había comprado en Kyoto dos años antes, ¿o hacía sólo un año?

Ned se quedó en el cenador de los Levy hasta que pasó la tormenta. La lluvia había enfriado el aire y un escalofrío le recorrió el cuerpo. La fuerza del viento había arrancado las hojas secas y amarillas de un arce, extendiéndolas sobre la hierba y el agua. Como estaban aún a mitad de verano, Ned supuso que el árbol se hallaba enfermo, pero sintió una extraña tristeza ante aquel signo del otoño. Hizo unos movimientos gimnásticos, apuró la ginebra y se dirigió hacia la piscina de los Welcher. Eso significaba cruzar el picadero de los Lindley y le sorprendió encontrar la hierba demasiado crecida y los obstáculos desmantelados. Se preguntó si los Lindley habrían vendido sus caballos o si se habrían ausentado durante el verano, dejando sus animales al cuidado de otras personas. Le pareció recordar que había oído algo acerca de los Lindley y de sus caballos, pero no sabía exactamente qué. Siguió adelante, notando la hierba húmeda contra los pies descalzos, en dirección a la casa de los Welcher, donde se encontró con que la piscina estaba vacía.

This breach in his chain of water

Aquella ruptura en la continuidad de su río ima-

disappointed him absurdly, and he felt like some explorer who seeks a torrential headwater and finds a dead stream. He was disappointed and mystified. It was common enough to go away for the summer but no one ever drained his pool. The Welchers had definitively gone away. The pool furniture was folded, stacked, and covered with a tarpaulin. The **bathhouse** was locked. All the windows of the house were shut, and when he went around to the driveway in front he saw a for-sale sign nailed to a tree. When had he last heard from the Welchers—when, that is, had he and Lucinda last regretted an invitation to dine with them. It seemed only a week or so ago. Was his memory failing or had he so disciplined it in the repression of unpleasant facts that he had damaged his sense of the truth? Then in the distance he heard the sound of a tennis game. This cheered him, cleared away all his apprehensions and let him regard the overcast sky and the cold air with indifference. This was the day that Neddy Merrill swam across the county. That was the day! He started off then for his most difficult portage.

Had you gone for a Sunday afternoon ride that day you might have seen him close to naked standing on the shoulders of Route 424, waiting for a chance to cross. You might have wondered if he was the victim of foul play had his car broken down, or was he merely a fool. Standing barefoot in the deposits of the highway—beer cans, rags, and blowout patches—exposed to all kinds of ridicule, he seemed pitiful. He had known when he started that this was a part of his journey—it had been on his maps—but confronted with the lines of traffic, worming through the summery light, he found himself unprepared. He was laughed at, jeered at, a beer can was thrown at him, and he had no dignity or humor to bring to the situation. He could have gone back, back to the Westerhazys', where Lucinda would still be sitting in the sun. He had signed nothing, vowed nothing, pledged nothing not even to himself. Why, believing as he did, that all human obduracy was susceptible to common sense, was he unable to turn back? Why was he determined to complete his journey even if

ginario le produjo una absurda decepción, y se sintió como un explorador que busca las fuentes de un torrente y encuentra un cauce seco. Ned notó que le dominaban el desconcierto y la decepción. Era bastante normal que los vecinos de aquella zona se marcharan durante el verano, pero nadie vaciaba la piscina. Los Welcher se habían ido definitivamente. Las sillas, las mesas y las hamacas de la piscina estaban dobladas, amontonadas y cubiertas con lonas. Los **vestuarios**, cerrados, y lo mismo sucedía con todas las ventanas de la casa, y cuando dio la vuelta hasta llegar a la avenida de grava que llevaba hasta la puerta principal se encontró con un cartel que decía: «SE VENDEN, clavado un árbol. [524] ¿Cuándo había oído hablar de los Welcher por última vez? ¿Cuándo —habría que decir, más exactamente— Lucinda y él se habían disculpado por última vez al recibir una invitación suya para cenar? No daba la impresión de que hubiese transcurrido más de una semana. ¿Le fallaba la memoria o la tenía tan disciplinada contra los sucesos desagradables que llegaba a falsear la realidad? A lo lejos oyó que alguien jugaba un partido de tenis. Aquello le animó, disipando todas sus aprensiones, permitiéndole enfrentarse con indiferencia al cielo oscurecido y al aire frío. Aquél era el día en que Neddy Merrill iba a atravesar a nado el condado. ¡Aquel día, precisamente! Inmediatamente inició la etapa más difícil de su viaje.

35

Alguien que hubiese salido a pasear en coche aquella tarde de domingo podría haberle visto, casi desnudo, en la cuneta de la autopista 424, esperando una oportunidad para cruzar al otro lado. Podría habersele creído la víctima de alguna apuesta insensata, o una persona a quien se le ha estropeado el coche, o, simplemente, un chiflado. Junto al asfalto, con los pies descalzos entre latas de cerveza vacías, trapos sucios y parches para neumáticos desechados—, expuesto al ridículo, resultaba penoso. Ned sabía. desde el principio que aquello era parte de su recorrido, que figuraba en sus mapas, pero al enfrentarse con las largas filas de coches que culebrecaban bajo la luz del verano, descubrió que no estaba preparado psicológicamente. Los ocupantes de los automóviles se reían de él, le tomaban a broma, y llegaron incluso a tirarle una lata de cerveza, y él no tenía ni dignidad ni humor que aportar a aquella situación. Podría haberse vuelto atrás, regresar a casa de los Westerhazy, donde Lucinda estaría aún sentada al sol. No había firmado nada, no había prometido nada, no se había apostado nada, ni siquiera consigo mismo. ¿Por qué creyendo como creía que toda humana testarudez era susceptible de ceder ante el sentido común, se sabía [525] incapaz de volver atrás? ¿Por qué estaba decidido a terminar

it meant putting his life in danger? At what point had this prank, this joke, this piece of horseplay become serious? He could not go back, he could not even recall with any clearness the green water at the Westerhazys', the sense of inhaling the day's components, the friendly and relaxed voices saying that they had *drunk* too much. In the space of an hour, more or less, he had covered a distance that made his return impossible.

An old man, tooling down the highway at fifteen miles an hour, let him get to the middle of the road, where there was a grass divider. Here he was exposed to the ridicule of the northbound traffic, but after ten or fifteen minutes he was able to cross. From here he had only a short walk to the Recreation Center at the edge of the Village of Lancaster, where there were some handball courts and a public pool.

The effect of the water on voices, the illusion of brilliance and suspense, was the same here as it had been at the Bunkers' but the sounds here were louder, harsher, and more shrill, and as soon as he entered the crowded enclosure he was confronted with regimentation. "ALL SWIMMERS MUST TAKE A SHOWER BEFORE USING THE POOL. ALL SWIMMERS MUST USE THE FOOTBATH. ALL SWIMMERS MUST WEAR THEIR IDENTIFICATION DISKS". He took a shower, washed his feet in a cloudy and bitter solution and made his way to the edge of the water. It stank of chlorine and looked to him like a sink. A pair of lifeguards in a pair of towers blew police whistles at what seemed to be regular intervals and abused the swimmers through a public address system. Neddy remembered the sapphire water at the Bunkers' with longing and thought that he might contaminate himself—damage his own prosperousness and charm—by swimming in this murk, but he reminded himself that he was an explorer, a pilgrim, and that this was merely a stagnant bend in the Lucinda River. He dove, scowling with distaste, into the chlorine and had to swim with his head above water to avoid collisions, but even so he was bumped into, splashed and jostled. When he got to the shallow end both lifeguards were shouting at him; "Hey, you, you without the identification disk, get outa the water." He

el recorrido, aun a costa de poner en peligro su vida? ¿En qué momento aquella travesura, aquella broma, aquella payasada se había convertido en algo —muy serio? No estaba en condiciones de volver atrás, ni siquiera recordaba con claridad las verdes aguas de la piscina de los Westerhazy, ni el placer de aspirar los componentes de aquel día, ni las serenas y amistosas voces que se lamentaban de haber bebido demasiado. En una hora aproximadamente, Ned había cubierto una distancia que hacia imposible el regreso.

Un anciano que conducía a veinticinco kilómetros por hora le permitió llegar hasta el centro de la autopista, donde había una tira de césped. Allí se vio expuesto a las bromas del tráfico que avanzaba en dirección contraria, pero al cabo de unos diez minutos o un cuarto de hora consiguió cruzar. Desde allí sólo tenía que andar un poco para llegar al Centro Recreativo, situado en las afueras de Lancaster, que disponía de varios frontones y de una piscina pública.

La peculiar resonancia de las voces cerca del agua, la sensación de brillantez y de tiempo detenido eran las mismas que anteriormente en casa de los Bunker, pero aquí los sonidos resultaban más fuertes, más agrios y más penetrantes, y tan pronto como entró en aquel espacio abarrotado de gente, Ned tuvo que someterse a las molestias de la reglamentación. «TODOS LOS BAÑISTAS TIENEN QUE DUCHARSE ANTES DE USAR LA PISCINA. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN UTILIZAR EL PEDILUVIO. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN LLEVAR LA PLACA DE IDENTIFICACION.» Ned se duchó, se lavó los pies en una oscura y desagradable solución y llegó hasta el borde de la piscina. Apestaba a cloro y le recordó a un fregadero. Sendos monitores, desde sus respectivas torres, hacían sonar sus silbatos a Intervalos aparentemente regulares, insultando además a los bañistas mediante un sistema de megafonía. Ned recordó con nostalgia las aguas color zafiro de los Bunker y pensó que podía contaminarse —echar a perder su [526] prosperidad y disminuir su atractivo personal— nadando en aquella ciénaga, pero recordó que era un explorador, un peregrino, y que aquello no pasaba de ser un re. manso de aguas estancadas en el río Lucinda. Se tiró al cloro con ceñuda expresión de disgusto y no le quedó más remedio que nadar con la cabeza fuera para evitar colisiones, pero incluso así le empujaron, le salpicaron y le dieron codazos. Cuando llegó al lado menos profundo de la piscina, los dos monitores le estaban gritando:

—¡A ver, ése, ese que no lleva placa de identificación, que salga del agua!

Ned lo hizo así, pero los otros no estaban en con-

did, but they had no way of pursuing him and he went through the reek of suntan oil and chlorine out through the hurricane fence and passed the handball courts. By crossing the road he entered the wooded part of the Halloran estate. The woods were not cleared and the footing was treacherous and difficult until he reached the lawn and the clipped beech hedge that encircled their pool.

The Hallorans were friends, an elderly couple of enormous wealth who seemed to bask in the suspicion that they might be Communists. They were zealous reformers but they were not Communists, and yet when they were accused, as they sometimes were, of subversion, it seemed to gratify and excite them. Their beech hedge was yellow and he guessed this had been blighted like the Levys' maple. He called hullo, hullo, to warn the Hallorans of his approach, to palliate his invasion of their privacy. The Hallorans, for reasons that had never been explained to him, did not wear bathing suits. No explanations were in order, really. Their nakedness was a detail in their uncompromising zeal for reform and he stepped politely out of his trunks before he went through the opening in the hedge.

Mrs. Halloran, a stout woman with white hair and a serene face, was reading the *Times*. Mr. Halloran was taking beech leaves out of the water with a scoop. They seemed not surprised or displeased to see him. Their pool was perhaps the oldest in the county, a fieldstone rectangle, fed by a brook. It had no filter or pump and its waters were the opaque gold of the stream.

"I'm swimming across the county," Ned said.

"Why, I didn't know one could," exclaimed Mrs. Halloran.

"Well, I've made it from the Westerhazys'," Ned said. "That must be about four miles."

He left his trunks at the deep end, walked to the shallow end, and swam this stretch. As he was pulling himself out of the water he heard Mrs. Halloran say: "We've been *terribly* sorry to hear about all your misfortunes, Neddy."

"My misfortunes?" Ned asked. "I don't know what you mean."

diciones de perseguirle, y, dejando atrás el desagradable olor de las cremas bronceadoras y del cloro, saltó una valla de poca altura y atravesó los frontones. Le bastó cruzar la carretera para entrar en la parte arbolada de la propiedad de los Halloran. Nadie se había preocupado de arrancar la maleza que crecía entre los árboles y tuvo que avanzar con grandes precauciones hasta llegar al césped y al seto de hayas recortadas que rodeaba la piscina.

Los Halloran eran amigos suyos; se trataba de unas personas de edad avanzada y enormemente ricos, que se sentían felices cuando alguien les consideraba sospechosos de filocomunismo. Eran reformadores llenos de celo, pero no comunistas; sin embargo, cuando alguien les acusaba de subversivos, como sucedía a veces, parecían agradecerlo y sentirse rejuvenecidos. Las hojas del seto de haya también se habían vuelto amarillas y Ned supuso que probablemente padecían la misma enfermedad que el arce de los Levy. Gritó « ¡hola! » dos veces para que los Halloran advirtieran su presencia y de esa forma la invasión de su intimidad no resultara demasiado brusca. Los Halloran, por razones que nunca, le habían sido explicadas, no utilizaban trajes de baño. En realidad no hacía falta ninguna explicación. Su desnudez era un detalle de su celo reformista libre de prejuicios, y Ned se quitó cortésmente el calzón antes de entrar en el espacio limitado por el seto de hayas. [527]

Mistress Halloran, una mujer corpulenta de cabello blanco y expresión serena, leía el *Times*. Su marido sacaba hojas de haya de la piscina con una red. No parecieron ni sorprendidos ni disgustados al verle. Su piscina era quizá la más antigua del condado, un rectángulo construido con piedras cogidas del campo, alimentado por un arroyo. Carecía de filtro o de bomba y sus aguas tenían la dorada opacidad de la corriente.

—Estoy atravesando a nado el condado —dijo Ned.

—Vaya, no sabía que se pudiera —exclamó mistress Halloran.

—Bueno, he empezado en casa de los Westerhazy —dijo Ned—. Debo de haber recorrido unos seis kilómetros.

Dejó el calzón junto al extremo más hondo de la piscina, fue andando hasta el otro lado y nadó aquella distancia. Mientras salía a pulso del agua, oyó decir a mistress Halloran: —Sentimos mucho que te hayan ido tan mal las cosas, Neddy.

—¿Lo mal que me han ido las cosas? preguntó Ned—. No sé de qué me está usted hablando.

“Why, we heard that you’d sold the house and that your poor children . . .”

—¿No? Hemos oído que has vendido la casa y que tus pobres hijas...

“I don’t recall having sold the house,” Ned said, “and the girls are at home.”

—No recuerdo haber vendido la casa —dijo Ned—. En cuanto a las chicas, no les ha pasado nada, que yo sepa.

“Yes,” Mrs. Halloran sighed. “Yes . . .” Her voice filled the air with an unseasonable melancholy and Ned spoke briskly. “Thank you for the swim.”

—Sí —suspiró mistress Halloran—. Claro... Su voz llenaba el aire con una melancolía intemporal, y Ned la interrumpió precipitadamente. —Gracias por el baño.

“Well, have a nice trip,” said Mrs Halloran.

—Que tengas un viaje agradable —dijo mistress Halloran.

Beyond the hedge he pulled on his trunks and fastened them. They were loose and he wondered if, during the space of an afternoon, he could have lost some weight. He was cold and he was tired and the naked Hallorans and their dark water had depressed him. The swim was too much for his strength but how could he have guessed this, sliding down the banister that morning and sitting in the Westerhazys’ sun? His arms were lame. His legs felt rubbery and ached at the joints. The worst of it was the cold in his bones and the feeling that he might never be warm again. Leaves were falling down around him and he smelled wood-smoke on the wind. Who would be burning wood at this time of year?

Al otro lado del seto, Ned se puso el calzón y tuvo que apretárselo. Le estaba un poco grande y se preguntó si era posible que hubiera perdido peso en una tarde. Tenía frío, estaba cansado, y la desnudez de los Halloran y el agua oscura de su piscina le habían deprimido. Aquella travesía era demasiado para sus fuerzas, pero ¿cómo [528] podía haberlo previsto mientras se deslizaba aquella mañana por el pasamanos de la escalera o cuando estaba sentado al sol en casa de los Westerhazy? Los brazos no le respondían. Las piernas parecían de goma y le dolían las articulaciones. Lo peor de todo era el frío en los huesos y la sensación de que nunca volvería a entrar en calor. Caían hojas de los árboles y el viento le trajo olor a humo. ¿Quién podía estar quemando hojarasca en aquella época del año?

He needed a drink. Whisky would warm him, pick him up, carry him through the last of his journey, refresh his feeling that it was original and valorous to swim across the county. Channel swimmers took brandy. He needed a stimulant. He crossed the lawn in front of the Hallorans’ house and went down a little path to where they had built a house for their only daughter Helen and her husband Eric Sachs. The Sachs’ pool was small and he found Helen and her husband there.

Necesitaba un trago. El whisky le calentaría, le levantaría el ánimo, le sostendría hasta el final de su viaje, renovarían su convicción de que atravesar a nado aquella zona era un proyecto original que exigía valor. Los nadadores que recorren grandes distancias toman coñac. Necesitaba un estimulante. Cruzó la zona de césped delante de la casa de los Halloran, y siguió andando hasta el pabellón que habían construido para Helen, su hija única, y para su marido, Erich Sachs. Ned encontró a los Sachs en su piscina, que era bastante pequeña.

“Oh, *Neddy*,” Helen said. “did you lunch at mother’s?”

—¡Neddy! —dijo Helen—. ¿Has almorzado en casa de Madre?

“Not *really*,” Ned said. “I *did* stop to see your parents.” This seemed to be explanation enough. “I’m terribly sorry to break in on you like this but I’ve taken a chill and I wonder if you’d give me a drink.”

—No, exactamente —dijo Ned—. He entrado un momento a saludar a tus padres. —No parecía que hiciese falta dar más explicaciones—. Siento mucho presentarme así de sorpresa, pero me ha dado un escalofrío de pronto y me preguntaba si podríais ofrecerme una copa.

"Why, I'd love to," Helen said, "but there hasn't been anything in this house to drink since Eric's operation. That was three years ago."

5

Was he losing his memory, had his gift for concealing painful facts let him forget that he had sold his house, that his children were in trouble, and that his friend had been ill? His eyes slipped from Eric's face to his abdomen, where he saw three pale, sutured scars, two of them at least a foot long. Gone was his navel, and what, Neddy thought, would the roving hand, bed-checking one's gifts at 3 A.M. make of a belly with no navel, no link to birth, this breach in the succession?

"I'm sure you can get a drink at the Biswangers'," Helen said. "They're having an enormous do. You can hear it from here. Listen!"

30

She raised her head and from across the road, the lawns, the gardens, the woods, the fields, he heard again the brilliant noise of voices over water. "Well, I'll get wet," he said, still feeling that he had no freedom of choice about his means of travel. He dove into the Sachs's cold water and, gasping, close to drowning, made his way from one end of the pool to the other. "Lucinda and I want *terribly* to see you," he said over his shoulder, his face set towards the Biswangers'. "We're sorry it's been so long and we'll call you very soon."

He crossed some fields to the Biswangers' and the sounds of revelry there. They would be honored to give him a drink, they would be happy to give him a drink, they would in fact be lucky to give him a drink. The Biswangers invited him and Lucinda for dinner four times a year, six weeks in advance. They were always rebuffed and yet they continued to send out their invitations, unwilling to comprehend the rigid and undemocratic realities of their society. They were the sort of people who discussed the price of things at cocktails, exchanged market tips during dinner, and after dinner told dirty stories to mixed company. They did not be long to

—Me encantaría hacerlo —dijo Helen—, pero no tenemos nada para beber desde la operación de Eric. Y de eso hace ya tres años.

¿Estaba perdiendo la memoria, o era acaso que su capacidad para ignorar acontecimientos penosos le había permitido olvidarse de la venta de su casa, de las dificultades de sus hijas, y de la enfermedad de su amigo Eric? La mirada de Ned se desplazó del rostro de Eric a su vientre, donde vio tres cicatrices antiguas, más ancas que el resto de la piel, dos de ellas de treinta centímetros de largo por lo menos. El ombligo había desaparecido y Ned pensó en el desconcierto de una mano inquisitiva que al buscar en la cama a las tres de [529] la mañana los atributos masculinos, se encontrara con un vientre sin ombligo, sin unión con el pasado, sin continuidad en la sucesión natural de los seres.

—Estoy segura de que encontrarás algo de beber en casa de los Biswanger —dijo Heler—. Dan una fiesta por todo lo alto. Se les oye desde aquí. ¡Escucha!

Helen alzó la cabeza, y desde el otro lado de la carretera, desde el otro lado de los jardines, de los bosques, de los campos, Ned oyó de nuevo el ruido, lleno 'de resonancias, de las voces cerca del agua.

—Bueno, voy a darme un remojón —dijo, notando que carecía aún de libertad para decidir sobre su manera de viajar. Se tiró de cabeza al agua fría y faltándole el aliento, casi a punto de ahogarse, cruzó la piscina de un extremo a otro—. Lucinda y yo tenemos muchas ganas de veros —dijo vuelto de espaldas, con el cuerpo orientado ya hacia la casa de los Biswanger—. Sentimos mucho que haya pasado tanto tiempo sin vernos, y os llamaremos cualquier día de éstos.

Ned tuvo que cruzar algunos campos hasta la casa de los Biswanger y los sonidos festivos que salían de ella. Sería un honor para los dueños ofrecerle una copa, se sentirían felices de darle de beber. Los Biswanger les invitaban a cenar — a Lucinda y a él— cuatro veces al año con seis semanas de anticipación. Ellos nunca aceptaban, pero los Biswanger continuaban enviando invitaciones como si fueran incapaces de comprender las rígidas y antidemocráticas normas de la sociedad en la que vivían. Perteneían a ese tipo de personas que hablan de precios durante los cócteles, que se hacen confianzas sobre inversiones bursátiles durante la cena y que después cuentan chistes verdes cuando están presentes las señoras. No pertenecían al grupo de amistades de Neddy; ni

Neddy's set—they were not even on Lucinda's Christmas card list. He went toward their pool with feelings of indifference, charity, and some unease, since it seemed to be getting dark and these were the longest days of the year. The party when he joined it was noisy and large. Grace Biswanger was the kind of hostess who asked the optometrist, the veterinarian, the real-estate dealer and the dentist. No one was swimming and the twilight, reflected on the water of the pool, had a wintry gleam. There was a bar and he started for this. When Grace Biswanger saw him she came toward him, not affectionately as he had every right to expect, but bellicosely.

"Why, this party has everything," she said loudly, "including a gate crasher."

She could not deal him a social blow—there was no question about this and he did not flinch. "As a gate crasher," he asked politely, "do I rate a drink?"

"Suit yourself," she said. "You don't seem to pay much attention to invitations".

She turned her back on him and joined some guests, and he went to the bar and ordered a whisky. The bartender served him but he served him rudely. His was a world in which the caterer's men kept the social score, and to be rebuffed by a part-time barkeep meant that he had suffered some loss of social esteem. Or perhaps the man was new and uninformed. Then he heard Grace at his back say: "They went for broke overnight—nothing but income—and he showed up drunk one Sunday and asked us to loan him five thousand dollars. . . ." She was always talking about money. It was worse than eating your peas off a knife. He dove into the pool, swam its length and went away.

The next pool on his list, the last but two, belonged to his old mistress, Shirley Adams. If he had suffered any injuries at the Biswangers' they would be cured here. Love—sexual roughhouse in fact—was the supreme elixir, the painkiller, the brightly colored pill that would put the spring back

siquiera figuraban en la lista de personas a las que Lucinda enviaba felicitaciones de Navidad. Se dirigió hacia la piscina con sentimientos a mitad de camino entre la conciencia de su superioridad y el deseo de mostrarse amable, y también con algún desasosiego porque parecía que estaba oscureciendo y, sin embargo, [530] aquéllos eran los días más largos del año. La fiesta era ruidosa y había mucha gente. Grace Biswanger pertenecía al tipo de anfitriona que invitaba al óptico, al veterinario, al corredor de fincas y al dentista. No había nadie nadando en la piscina, y el crepúsculo, al reflejarse en el agua, despedía un brillo invernal. Ned se dirigió hacia el bar. Cuando Grace Biswanger le vio avanzó hacia él, pero no con gesto afectuoso, como él hubiera esperado, sino de la forma más hostil imaginable.

—Vaya, en esta fiesta hay de todo —dijo alzando mucho la voz—, incluso personas que se cuelan.

Grace no estaba en condiciones de hacerle un feo social, no tenía ni la más remota posibilidad, de manera que Ned no se echó para atrás.

En mi calidad de gorrón —preguntó cortésmente—, ¿tengo derecho a tomarme una copa?

—Haga lo que guste —dijo ella—. No parece que las invitaciones signifiquen mucho para usted.

Le dio la espalda y se reunió con otros invitados. Ned se acercó al bar y pidió un whisky. El barman se lo sirvió, pero de forma descortés. El mundo de Ned era un mundo en el que los camareros estaban al tanto de los matices sociales, y verse desairado por un barman a media jornada significaba haber perdido puntos en la escala social. O quizá aquel hombre era novato y le faltaba información. En seguida oyó cómo Grace decía a su espalda:

—Se arruinaron de la noche a la mañana; no les quedó más que su sueldo, y él apareció borracho un domingo y nos pidió que le prestáramos cinco mil dólares...

Siempre hablando de dinero. Aquello era peor que llevarse el cuchillo a la boca. Ned se zambulló en la Piscina, hizo un largo y se marchó.

La siguiente piscina de la lista, la antepenúltima, pertenecía a su antigua amante, Shirley Adams. Si había sufrido alguna herida en casa de los Biswanger, aquél era el lugar ideal para curarla. El amor —los violentos [531] juegos sexuales, para ser más exactos— era el supremo elixir, el remedio contra todos los males, la píldora mágica capaz de rejuvenecerle y

into his step, the joy of life in his heart. They had had an affair last week, last month, last year. He couldn't remember. It was he who had broken it off, his was the **upper hand**, and he stepped through the gate of the wall that surrounded her pool with nothing so considered as self-confidence. It seemed in a way to be his pool as the lover, particularly the illicit lover, enjoys the possessions of his mistress with an authority unknown to holy matrimony. She was there, her hair the color of brass, but her figure, at the edge of the lighted, cerulean water, excited in him no profound memories. It had been, he thought, a **lighthearted** affair, although she had wept when he broke it off. She seemed confused to see him and he wondered if she was still wounded. Would she, God forbid, weep again?

"What do you want?" she asked.

"I'm swimming across the county."

"Good Christ. Will you ever grow up?"

"What's the matter?"

"If you've come here for money," she said, "I won't give you another cent."

"You could give me a drink."

"I could but I won't. I'm not alone."

"Well, I'm on my way."

He dove in and swam the pool, but when he tried to haul himself up onto the curb he found that the strength in his arms and his shoulders had gone, and he paddled to the ladder and climbed out. Looking over his shoulder he saw, in the lighted bathhouse, a young man. Going out onto the dark lawn he smelled chrysanthemums or marigolds—some stubborn autumnal fragrance—on the night air, strong as gas. Looking overhead he saw that the stars had come out, but why should he seem to see Andromeda, Cepheus, and Cassiopeia? What had become of the constellations of mid-summer? He began to cry.

de devolverle la alegría de vivir. Habían tenido una aventura la semana pasada, o el mes último, o el año anterior. No se acordaba. Pero había sido él quien decidiera acabar, y eso le colocaba en una situación privilegiada, de manera que cruzó la puerta de la valla que rodeaba la piscina de Shirley repleto de confianza en sí mismo. En cierta forma era como si la piscina fuese suya, porque la persona amada, especialmente si se trata de un amor ilícito, goza de la posesión de la amante con una plenitud desconocida en el sagrado vínculo del matrimonio, Shirley estaba allí, con sus cabellos color de bronce, pero su figura, al borde del agua de color azul intenso, iluminada por la luz eléctrica, no despertó en él ninguna emoción profunda. No había sido, pensó, más que una **aventurilla**, aunque Shirley lloraba cuando él decidió romper. Pareció turbada al verle, y Ned se preguntó si se sentiría aún herida. ¿Iba acaso, Dios no lo quisiera, a echarse a llorar de nuevo?

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

—Estoy nadando a través del condado.

—¡Santo cielo! ¿Te comportarás alguna vez como una persona adulta?

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Si has venido buscando dinero —dijo ella—, no voy a darte ni un centavo.

—Puedes darme algo de beber.

—Puedo, pero no quiero. No estoy sola.

—Bueno, me marcho en seguida.

Ned se tiró al agua e hizo un largo, pero cuando Intentó alzarse hasta el borde para salir de la piscina, descubrió que sus brazos y sus hombros no tenían fuerza; llegó como pudo a la escalerilla y salió del agua. Al mirar por encima del hombro vio un hombre joven en los vestuarios iluminados. Al cruzar el césped —ya se había hecho completamente de noche— le llegó un aroma de crisantemos o de caléndulas, decididamente otoñal, [532] y tan intenso como el olor a gasolina. Levantó la vista y comprobó que habían salido las estrellas, pero ¿por qué tenía la impresión de ver Andrómeda, Cefeo y Casiopea? ¿Qué se habían hecho de las constelaciones de pleno verano? Ned se echó a llorar.

It was probably the first time in his adult life that he had ever cried, certainly the first time in his life that he had ever felt so miserable, cold, tired, and bewildered. He could not understand the rudeness of the caterer's barkeep or the rudeness of a mistress who had come to him on her knees and showered his trousers with tears. He had swum too long, he had been immersed too long, and his nose and his throat were sore from the water. What he needed then was a drink, some company, and some clean dry clothes, and while he could have cut directly across the road to his home he went on to the Gilmartins' pool. Here, for the first time in his life, he did not dive but went down the steps into the icy water and swam a hobbled side stroke that he might have learned as a youth. He staggered with fatigue on his way to the Clydes' and paddled the length of their pool, stopping again and again with his hand on the curb to rest. He climbed up the ladder and wondered if he had the strength to get home. He had done what he wanted, he had swum the county, but he was so stupefied with exhaustion that his triumph seemed vague. Stooped, holding onto the gateposts for support, he turned up the driveway of his own house.

The place was dark. Was it so late that they had all gone to bed? Had Lucinda stayed at the Westerhazys' for supper? Had the girls joined her there or gone someplace else? Hadn't they agreed, as they usually did on Sunday, to regret all their invitations and stay at home? He tried the garage doors to see what cars were in but the doors were locked and rust came off the handles onto his hands. Going toward the house, he saw that the force of the thunderstorm had knocked one of the rain gutters loose. It hung down over the front door like an umbrella rib, but it could be fixed in the morning. The house was locked, and he thought that the stupid cook or the stupid maid must have locked the place up until he remembered that it had been some time since they had employed a maid or a cook. He shouted, pounded on the door, tried to force it with his shoulder, and then, looking in at the windows, saw that the place was empty.

Era probablemente la primera vez que lloraba en toda su vida de adulto, y desde luego la primera vez en su vida que se sentía tan desdichado, con tanto frío, tan cansado y tan desconcertado. No entendía los malos modos del barman ni el mal humor de una amante que se había acercado a él de rodillas y le había mojado el pantalón con sus lágrimas. Había nadado demasiado, habla pasado demasiado tiempo bajo el agua, y tenía irritadas la nariz y la garganta. Necesitaba una copa, necesitaba compañía y ponerse ropa limpia y seca, y aunque podía haberse encaminado directamente hacia su casa por la carretera, se fue a la piscina de los Gilmartin. Allí, por primera vez en su vida, no se tiró, sino que descendió los escalones hasta el agua helada y nadó dando unas renqueantes brazadas de costado que quizá habla aprendido en su adolescencia. Camino de casa de los Clyde se tambaleó a causa del cansancio y, una vez en la piscina, tuvo que detenerse una y otra vez mientras nadaba para sujetarse con la mano en el borde y descansar. Trepó por la escalerilla y se preguntó si le quedaban fuerzas para llegar a casa. Había cumplido su deseo, había nadado a través del condado, pero estaba tan embotado por la fatiga que su triunfo carecía de sentido. Encorvado, agarrándose a los pilares de la entrada en busca de apoyo, Ned torció por la avenida de grava de su propia casa.

Todo estaba a oscuras. ¿Era tan tarde que ya se habían ido a la cama? ¿Se habría quedado su mujer a cenar casa de los Westerhazy? ¿Habrían ido las chicas a reunirse con ella o se habrían marchado a cualquier otro sitio? ¿No se habían puesto previamente de acuerdo, como solían hacer los domingos, para rechazar las invitaciones y quedarse en casa? Ned intentó abrir las puertas del garaje para ver qué coches había dentro, [533] pero la puerta estaba cerrada con llave y se le mancharon las manos de orín. Al acercarse más a la casa vio que la violencia de la tormenta había separado de la pared una de las tuberías de desagüe para la lluvia. Ahora colgaba por encima de la entrada principal como una varilla de paraguas, pero no costaría arreglarla por la mañana. La puerta de la casa también estaba cerrada con llave, y Ned pensó que habría sido una ocurrencia de la estúpida de la cocinera o de la estúpida de la doncella, pero en seguida recordó que desde hacía ya algún tiempo no habían vuelto a tener ni cocinera ni doncella. Gritó, golpeó la puerta, intentó forzarla con el hombro; después, al mirar a través de las ventanas, se dio cuenta de que la casa estaba vacía.. [534]